

El periodismo empotrado

BEN NORTON :: 05/07/2019

Relación simbiótica entre los medios y el régimen de EEUU

Ya lo habían dicho los corresponsales veteranos del *New York Times*, como James Risen: el periódico estadounidense de registro colabora regularmente con el gobierno de los EEUU, suprimiendo los informes que los altos funcionarios no quieren que se hagan públicos.

El 15 de junio, el *Times* informó que el gobierno de EEUU está intensificando sus ataques cibernéticos a la red eléctrica de Rusia. De acuerdo con el artículo, «la administración de Trump está utilizando a las nuevas autoridades para desplegar las ciberherramientas de forma más agresiva», como parte de una «guerra fría digital entre Washington y Moscú».

En respuesta al informe, el Presidente Donald Trump atacó al *Times* en Twitter y calificó el artículo como «un virtual acto de traición».

La oficina de relaciones públicas del *New York Times* respondió a Trump desde su cuenta oficial de Twitter, defendiendo la historia y notando que había sido aprobada por el gobierno de los EEUU antes de ser impresa.

«Acusar a la prensa de traición es peligroso», dijo el equipo de comunicaciones del *Times*. «Le describimos el artículo al gobierno antes de su publicación».

«Como se nota en nuestra historia, los propios funcionarios de seguridad nacional del Presidente Trump dijeron que no había preocupaciones», agregó el *Times*.

De hecho, el informe del *Times* sobre la escalada de ataques cibernéticos estadounidenses contra Rusia se atribuye a los «actuales y antiguos funcionarios del gobierno [de los EEUU]». De hecho, la primicia provino de estos *apparatchiks*, no de una filtración o de la perseverante investigación de un intrépido periodista.

La autodeclarada «Resistencia» neoliberal saltó sobre la imprudente acusación de traición de Trump llamando a Trump «títere de Putin». El resto de los medios corporativos se volvieron locos.

Pero lo que se pasó por alto fue lo más revelador en la declaración del *New York Times*: el diario de registro esencialmente admitió que tiene una relación simbiótica con el gobierno.

De hecho, algunos expertos estadounidenses prominentes han llegado tan lejos como para insistir en que esta relación simbiótica es precisamente lo que hace que alguien sea periodista.

En mayo, el columnista neoconservador del *Washington Post*, Marc Thiessen, ex redactor de discursos del presidente George W. Bush, declaró que el editor de WikiLeaks y preso político Julian Assange no es «un periodista», sino que es un «espía» que «merece prisión».

(Thiessen también llamó a Assange «el diablo».)

¿Cuál fue la justificación del columnista del *Post* para revocar las credenciales periodísticas de Assange?

A diferencia de «organizaciones noticiosas de renombre, Assange no le dio al gobierno de los EEUU la oportunidad de revisar la información clasificada que WikiLeaks planeaba divulgar para que pudieran presentar objeciones por seguridad nacional», escribió Thiessen. «Los periodistas responsables no tienen nada que temer».

En otras palabras, insiste en que colaborar con el gobierno y censurar sus informes para proteger la «seguridad nacional», es lo que lo hace un periodista.

Esta es la ideología expresa del comentarista estadounidense.

La relación simbiótica entre los medios corporativos estadounidenses y el gobierno se conoce desde hace tiempo. Las agencias de inteligencia estadounidenses tocan la prensa como un instrumento musical, usándola para filtrar información de manera selectiva en momentos oportunos para impulsar el poder blando de los EEUU y promover los intereses de Washington.

Pero rara vez esta relación simbiótica es tan casual y públicamente reconocida.

En 2018, el exreportero del *New York Times*, James Risen, publicó un artículo de 15 000 palabras en *The Intercept*, que ofrece una visión más detallada de cómo funciona esta alianza tácita.

Risen detalló cómo sus editores habían estado «bastante dispuestos a cooperar con el gobierno». De hecho, un alto funcionario de la CIA incluso le dijo a Risen que su regla de oro para aprobar una operación encubierta era preguntarse «¿Cómo se verá esto en la portada del *New York Times*?»

Hay un «acuerdo informal» entre el estado y la prensa, explicó Risen, donde los funcionarios del gobierno de los EEUU «participan regularmente en negociaciones silenciosas con la prensa para intentar detener la publicación de historias confidenciales de seguridad nacional».

«En ese momento, solía aceptar estas negociaciones», dijo el ex reportero del *Times*. Recordó un ejemplo de una historia que estaba escribiendo sobre Afganistán justo antes de los ataques del 11 de septiembre de 2001. El entonces director de la CIA, George Tenet, llamó personalmente a Risen y le pidió que matara la historia.

«Me dijo que la divulgación amenazaría la seguridad de los oficiales de la CIA en Afganistán», dijo Risen. «Estuve de acuerdo».

Risen dijo que luego cuestionó si esta era o no la decisión correcta. «Si hubiera informado la historia antes del 11 de septiembre, la CIA se habría enfadado pero podría haber llevado a un debate público sobre si EEUU estaba haciendo lo suficiente para capturar o matar a bin

Laden», escribió. «Ese debate público podría haber forzado a la CIA a esforzarse con mayor seriedad para atrapar a Bin Laden».

Este dilema llevó a Risen a reconsiderar la respuesta a las solicitudes del gobierno de los EEUU para censurar historias. «Y eso, en última instancia, me puso en un curso de colisión con los editores del *New York Times*», dijo.

«Después de los ataques del 11 de septiembre, el gobierno de Bush comenzó a pedirle a la prensa que matara historias con más frecuencia», continuó Risen. «Lo hicieron tan a menudo que me convencí de que el gobierno estaba invocando la seguridad nacional para sofocar las historias que eran vergonzosas políticamente».

En el período previo a la guerra de Irak, Risen frecuentemente se «enfrentó» con los editores del Times porque planteó preguntas sobre las mentiras del gobierno de los EEUU. Sus historias «que plantean preguntas sobre la inteligencia, en particular las afirmaciones de la administración de un vínculo entre Irak y Al Qaeda, se están cortando, enterrando o excluyendo del papel por completo».

«En el periódico muchos creían que el editor ejecutivo del *Times*, Howell Raines, prefería las historias que apoyaban la guerra», dijo Risen.

El ex periodista del *Times* también recordó que había descubierto un complot fallido de la CIA. El gobierno de Bush se enteró y lo convocó a la Casa Blanca, donde la entonces asesora de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, ordenó al *Times* que enterrara la historia.

Risen dijo que Rice le dijo «que se olvide de la historia, destruya mis notas y que nunca haga otra llamada telefónica para discutir el asunto con nadie».

«El gobierno de Bush estaba convenciendo exitosamente a la prensa de retener o matar historias de seguridad nacional», escribió Risen. Y la administración de Barack Obama posteriormente aceleró la «guerra contra la prensa».

Infiltración de la CIA y fabricación del consenso

En su renombrado estudio de los medios estadounidenses, *Fabricación del Consenso: la economía política de los medios de comunicación*, Edward S. Herman y Noam Chomsky articularon un «modelo de propaganda», que muestra cómo «los medios sirven y defienden a los poderosos intereses sociales que los controlan y financian », a través de «la selección de personal sensato y la internalización de las prioridades de los editores y periodistas que trabajan y las definiciones de interés periodístico que se ajustan a la política de la institución».

Pero en algunos casos, la relación entre las agencias de inteligencia de EEUU y los medios corporativos no es solo una mera política ideológica, presión indirecta o amistad, sino más bien una relación laboral.

En la década de 1950, la CIA lanzó una operación encubierta llamada Proyecto Mockingbird, en la cual vigilaba, influía y manipulaba a los periodistas estadounidenses y la

cobertura de los medios, explícitamente para dirigir la opinión pública contra la Unión Soviética, China y el creciente movimiento comunista internacional.

El legendario periodista Carl Bernstein, un antiguo reportero de Washington que ayudó a descubrir el escándalo de Watergate, publicó un artículo de portada principal para *Rolling Stone* en 1977 titulado «La CIA y los medios: cómo funcionaron los medios de comunicación más poderosos de EEUU de la mano de la Agencia Central de Inteligencia y ¿por qué el comité la Iglesia lo encubrió?»

Bernstein obtuvo documentos de la CIA que revelaron que más de 400 periodistas estadounidenses en los últimos 25 años habían «realizado tareas en secreto para la Agencia Central de Inteligencia».

Bernstein escribió: «Algunas de las relaciones de estos periodistas con la Agencia eran tácitas; otras fueron explícitas. Hubo cooperación, acomodación y superposición. Los periodistas proporcionaron una gama completa de servicios clandestinos, desde la simple recopilación de información hasta la intermediación con espías en los países comunistas. Los reporteros compartieron sus cuadernos con la CIA. Los editores compartieron su personal. Algunos de los periodistas fueron ganadores del Premio Pulitzer, distinguidos reporteros que fueron considerados embajadores sin cartera para su país. La mayoría fueron menos exaltados: los corresponsales extranjeros que encontraron que su asociación con la Agencia les ayudó en su trabajo; los *stringers* y los *freelancers* que estaban tan interesados en el desarrollo del espionaje como en la presentación de artículos; y, la categoría más pequeña, empleados de tiempo completo de la CIA disfrazados de periodistas en el extranjero. En muchos casos, según muestran los documentos de la CIA, los periodistas se comprometieron a realizar tareas para la CIA con el consentimiento de las administraciones de las principales organizaciones de noticias de EEUU».

Bernstein reveló que prácticamente todos los principales medios de comunicación de EEUU cooperaron con la CIA, incluidos ABC, NBC, AP, UPI, Reuters, *Newsweek*, los periódicos *Hearst*, *The Miami Herald*, *The Saturday Evening Post* y *The New York Herald Tribune*.

Sin embargo, agregó: «Con mucho, la más valiosa de estas asociaciones, según los funcionarios de la CIA, ha sido con *The New York Times*, CBS y Time Inc».

Estas capas de manipulación estatal, censura e incluso la elaboración directa de medios de comunicación muestran que, por más que se diga que son independientes, *The New York Times* y otros medios de comunicación de hecho sirven como portavoces de facto para el gobierno, o al menos para el Estado de seguridad nacional de EEUU.

www.elcoheteealaluna.com

https://www.lahaine.org/mm_ss_mundo.php/el-periodismo-empotrado